

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES –SEDE
ECUADOR

MAESTRÍA EN RELACIONES INTERNACIONALES CON MENCIÓN
EN GLOBALIZACIÓN Y DESARROLLO, CONVOCATORIA 1977-1999

20085000

IMPUG-NACION REGIONAL

**DEMANDA AUTONÓMICA E IDENTIDADES REGIONALES Y
NACIONALES EN EL ECUADOR POST FIRMA DE LA PAZ**

AUTOR: FRANKLIN RAMIREZ GALLEGOS

IMPUG-NACION REGIONAL

**Demanda autonómica e identidades regionales y nacionales
en el Ecuador post-firma de la paz**

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR**

franklin ramírez gallegos

quito, 2000

SUMARIO

Introducción	2
PARTE UNO: IDENTIDADES SOCIALES	12
Capítulo I. Identidad, poder y estrategia	13
PARTE DOS: LOS ESCENARIOS	24
Capítulo II. Acumulacion flexible, reorganizacion espacial y reposicionamiento identitario	25
Capítulo III. Nación y política	48
Capítulo IV. Lo nacional-ecuatoriano	69
PARTE TRES: EL CONFLICTO REGIONAL	94
Capítulo V. La demanda 'regional-autonómica.	95
PARTE CUATRO: SALIDAS	144
Capítulo VI. Surturas	145
BIBLIOGRAFÍA	159
ANEXOS	169

CUARTA PARTE

SALIDAS

Esta parte de estudio (sexto capítulo) funciona a manera de 'espacio de sutura' del conjunto de observaciones y análisis efectuados a lo largo de los ensayos anteriores, es decir, liga, y articula, bajo la idea de constituir un campo de estudio para el largo plazo, los diversos nexos de sentido -entre los procesos de globalización en curso, el reacomodo político, económico, espacial e identitario que ocasiona, y la racionalidad de los discursos autonomistas- que habrían producido la demanda regional-autonómica. El texto cierra con una reflexión sobre los sentidos de la promoción del discurso regional-autonómico en la reconfiguración del campo de conflicto político en el Ecuador y en las posibilidades de renegociación de los imaginarios nacionales.

Capítulo 6

SUTURAS

Las demandas regional-autonómicas:

Acomodo territorial, relocalización hegemónica y negociación identitaria

Esta parte conclusiva del trabajo está dedicada, por un lado, a trazar una lectura transversal de los ejes analíticos que explican y son activados por las demandas regional-autonómicas. Se trata de una suerte de cocimiento de los nexos de sentido, desarrollados en los anteriores capítulos, que connotan la genealogía el conflicto regional. En un segundo nivel, reflexiono acerca de los sentidos y efectos políticos y culturales de “la política de la diferencia”¹⁷³ en el Ecuador finesecular.

El uso del término ‘cocimiento’ no es neutro; con él quisiera denotar la imagen de un tejido argumentativo en plena formación con varios nodos vinculantes que expresan, sostienen y articulan en el mismo nivel comprensivo la emergencia del conflicto regional en el país. Además, la figura de un tejido narrativo en proceso aún de sutura es propicia para reiterar el carácter preliminar de este estudio —en tanto que apunta a la construcción de un campo de análisis que permita monitorear el desenvolvimiento de un conflicto político, cultural y económico en constante movimiento- y para dejar abierta la posibilidad de ampliar o re-direccionar los nudos articuladores de tal red de sentidos.

De ahí que, en este último texto, me remito en primer lugar a estudiar los nudos articuladores que significan y dan forma a la cuestión regional en el Ecuador, a saber, reconstruyo el escenario de activación de la demanda autonómica. El tejido argumentativo que da forma al campo de análisis del conflicto regional se compone de un juego de relaciones entre los procesos de globalización, las transformaciones territoriales activadas por éstos, y el difícil ajuste y reacomodo de las principales instituciones nacionales (estado, cultura, mercado) a ese contexto cambiante.

En segundo término, sitúo los efectos, los sentidos y las perspectivas de la promoción del discurso regional-autonómico en la conformación del campo de conflicto político y en las posibilidades de renegociación de los términos de la identidades nacionales y subnacionales en el Ecuador del próximo siglo.

¹⁷³ La política de la diferencia alude a las formas y sentidos con que específicos grupos sociales —auto-identificados, usualmente, como minorías— negocian los términos de pertenencia, inclusión o desafección de sus identidades sociales en el marco de una comunidad política determinada. La cuestión central en juego es la de determinar si se deben hacer distinciones entre los individuos sobre la base de sus identidades particulares y, en caso de una respuesta afirmativa, determinar cómo procesarlas administrativamente desde las instituciones públicas (cfr. Kymlicka, 2000).

6.1 Globalización, recolocación territorial y desnacionalización de la sociedad

Para iniciar la costura de los ejes argumentativos presentados en este estudio cabe partir con una afirmación contundente: las demandas de autonomización política de parte de múltiples actores locales-regionales, sumadas a la interpelación plurinacional del movimiento indígena -activadas respectivamente a fines e inicios de la década de los noventa- ponen en evidencia que la nación, y su expresión insutucional el estado-nacional, no es ya capaz de soldar a los individuos y sus intereses, a las colectividades y sus representaciones, en el contexto de un territorio específico. La figura del estado-nación en el Ecuador ha perdido su capacidad de definición del sentido de la vida social, o para ser más específicos, ha perdido el monopolio de conferir significado a las acciones colectivas.

La idea de una nación sólida, homogénea, acabada -propagada fundamentalmente desde los sectores estatales oficiales- no ha podido prosperar. La última década ha visto la multiplicación de voces locales (indígenas, regionales) disonantes de estas narrativas y, más aún, proclives a replegarse hacia el "terruño", la "patria chica", la "comunidad", o el "cantón" en una perspectiva aislacionista y desconectada de las múltiples otredades. La diversidad, la diferencia, la discontinuidad son eficientemente utilizados como principios de movilización política. De este modo, cada sector abdica de lo nacional-oficial y pasa a percibir la ciudadanía, la identidad nacional, la pertenencia al Ecuador, de forma particular, con relatos disímiles entre sí, en los que se enfatizan las fracturas socio-culturales, y se remarca la imposibilidad de estabilización del imaginario nacional.

La competencia significativa, en la que el estado-nacional se desenvuelve con recursos extremadamente precarios, pone en juego tanto a actores locales, regionales, étnicos -'sujetos subnacionales' para usar una etiqueta abarcadora- como a la misma dinámica contradictoria del proceso de globalización.

En efecto, el colapso de la nación, en cuanto específica formación social, no es un fenómeno aislado o exclusivo del país o de las sociedades mal desarrolladas; así como el capitalismo moderno -aquel que surge de la primera Revolución Industrial- se apoyó en y constituyó al espacio nacional, el capitalismo globalizado de fin de siglo -al que se ha llegado dentro de un proceso de evolución y desenvolvimiento, sobre todo, tecnológico y financiero- encuentra y conforma otras bases territoriales para desarrollarse. La problemática de la globalización debe ser leída entonces en relación a la configuración de una 'sociedad global', un proceso totalizador que penetra, atraviesa, relocaliza a las diversas formaciones sociales existentes en el planeta. Se puede hablar así del surgimiento de una "megasociedad", a saber, un conjunto articulado de relaciones sociales planetarias.

La figura debe ser nombrada con rigor: una totalidad envolvente, la globalización, reordena los elementos que la componen. Las relaciones sociales pasan a situarse y explicarse como partes

estructurales del movimiento globalizador; las dicotomías tradicionales 'adentro-afuera', 'centro-periferia', 'internacional-nacional' se desdibujan como instrumentos de comprensión de la nueva configuración social planetaria. Las fronteras nacionales pierden relevancia y se diluyen dentro de la sociedad global, o de la "modernidad-mundo" -en términos de Renato Ortiz (1998:105).

Aunque diversas fuerzas alimentan la emergencia y sostenimiento de las dinámicas globalizadoras en los campos político, social y económico -la globalización entraña un cambio sistémico y civilizacional- todas contribuyen a un resultado reiterativo y fundamental: el rompimiento de los estrechos vínculos entre territorialidad y Estado en cada uno de estos campos. Tal tendencia reduce la competencia de los estados y hace de sus fronteras dimensiones más porosas y menos significativas. Parece pertinente entonces hablar de la volatilidad de las fronteras históricas habituales y constatar que las fuerzas que hicieron del Estado-nación el foco central de la organización mundial ya no son tan evidentes o "naturales" como solían ser (cfr. Rosenau, 1995:24-25).

En este proceso de reordenamiento, se visibilizan múltiples tensiones entre las estructuras y configuraciones institucionales 'convencionales', propias de una etapa de economías tendencialmente cerradas, y diversos movimientos que las interpelan, desafían y a la vez promueven nuevos modos de organización política, cultural y económica de las sociedades. Las turbulencias en la política mundial entre descentralización y centralización, fragmentación e integración, federalismo y unitarismo, igualdad y diferencia, unidad y diversidad, cultura nacional y multi/pluri culturalismo, etc., son señales de la profunda y conflictiva construcción de nuevos órdenes a nivel de lo global, lo nacional, lo local.

De ahí que se debe hacer un esfuerzo analítico para la comprensión de objetos y problemas que connoten la problemática edificación de esta realidad mundializada. Mi lectura del movimiento regional-autonómico en el Ecuador del 2000 se sitúa dentro de tal enfoque. En esta perspectiva entiendo que tal movimiento expresa mucho de los desórdenes, contradicciones, dificultades activados en torno de los procesos de inserción, adecuación, recolocación o enganche de las sociedades locales/nacionales en el circuito global.

De esta manera se ha podido observar que la demandada autonomista proveniente de diversos actores locales y regionales estaría estrechamente vinculada con el reacomodo de la economía, la política y la cultura nacionales a la dinámica de la globalización. Esta última aparece nombrada fundamentalmente, en el conflicto regional, como parte de un proceso de des-estructuración y re-estructuración de los territorios y las identidades locales; esto supone la emergencia de demandas para transformar la división interregional del trabajo y para reacomodar las condiciones de competitividad intra-local al proceso de transnacionalización de la economía y las finanzas; y,

sobre todo, cambios en las relaciones políticas y en las estrategias de identificación entre los distintos poderes locales al interior de una 'gaseosa' sociedad nacional.

Como se pudo observar al descomponer analíticamente las demandas autonómicas, el centro de la disputa institucional se sitúa en la posibilidad de armar nuevas lógicas de control y regulación políticas y nuevos modos de desarrollo económico centrados en específicos territorios. Las agendas reformistas de los sujetos regionales/locales apuntan, sobre todo, a la implantación de una estructura estatal mínima (e incluso a su desaparecimiento) que permita el control local (por medio de gobiernos provinciales/regionales) de los mercados dentro de una perspectiva de anexión rápida (de ahí, por ejemplo, la recurrencia en el tema portuario en las diversas propuestas autonómicas) y flexible (de ahí la insistencia en una distribución y colocación diferenciadas de los tributos e impuestos para las diversas regiones) al circuito mercantil globalizado -por la vía de colocación de inversiones extranjeras o por la directa presencia de industrias multinacionales en zonas determinadas.

El uso de la noción de 'fragmeación' (Rosenau, 1995) para explicar la interacción de los procesos de fragmentación e integración en el marco de las nuevas relaciones globales específica y da cuenta en gran medida de los sentidos de las interpelaciones regional-autonómicas en marcha. Se trata de un conjunto de demandas políticas que evidenciarían la voluntad de desafección del espacio, de la cultura y de la estructura organizativa nacionales (desconexión resumida en la condena al Estado central) y, a la vez, la necesidad de inserción desde territorialidades particulares en las vigentes modalidades de producción, regulación y acumulación globales.

La perspectiva de la recolocación y fragmentación de los territorios como efecto más o menos directo de la globalización -vehiculizada en torno al cambio de paradigma tecnoeconómico: expansión de la producción, regulación y acumulación flexibles- se haría visible, de este modo, en algunas dimensiones¹⁷⁴:

a) En el campo económico se observa una tendencia a una suerte de dislocación entre la economía nacional y las economías regionales, evidenciada en la voluntad de conformar sistemas autónomos pautados por su diversa inscripción en el mercado global. La fragmentación emerge, en esta dimensión, como uno de los vectores de la reestructuración territorial propiciada por la globalización de la producción: se busca poner en juego una serie de medidas y políticas orientadas a redefinir ventajas relativas, roles de los territorios sub-nacionales, en suma, un proceso de revalorización diferencial de cada una de las zonas que conforman el espacio nacional.

¹⁷⁴ En esta parte del análisis uso las categorías de F. Bervejillo (1995) para el estudio de la desestructuración territorial de las sociedades nacionales bajo el impacto de la globalización.

b) En el campo socio-cultural se evidencia la descomprensión de la sociedad nacional en torno a clivajes, sobre todo, étnicos y regionales. La apuesta por la diversidad y la diferencia se empata con la demanda de auto-determinación y auto-gobierno disidentes de compromisos mayores a los que suponen la administración de lo local. El apuntalamiento exclusivo de las identidades locales aparece como una señal de la suspensión de los vínculos nacionales 'habituales' y de recuperación del territorio como unidad desde donde se tejen diversas posibilidades de filiación simbólica e identitaria.

c) En el campo estrictamente espacial se puede ver que los diversos componentes económicos e identitarios asumen una apropiación diferenciada del espacio nacional/local, e imaginan demarcaciones y fronteras rígidas entre territorios o dominios espaciales con lógicas, intereses e identidades aparentemente irreconciliables. La disputa cartográfica a la que ha dado lugar el debate sobre la descentralización del Estado (regionalización horizontal, nuevas provincias, fronteras verticales entre sistemas superpuestos, enclaves, etc.) marca la inminente fragmentación de los territorios tradicionales según diferenciaciones económicas, culturales, históricas, productivas.

En suma, de forma tendencialmente inversa a lo sucedido en las décadas de los setenta y ochenta - en que el proceso de modernización del país supuso el paso de 'lo regional' a 'lo nacional' en términos del anclaje espacial de las fuerzas productivas, las relaciones sociales y la perspectiva de la integración y la legitimación de la estructura política de dominación y gobierno (cfr. Pachano, 1986:7)- actualmente se asiste a un proceso de desarticulación interna entre componentes políticos, identitarios y socio-económicos con trayectorias diversas, y de articulación diferencial de tales segmentos en torno de específicos y disímiles proyectos societales. En este recorrido, los sujetos regionales parecen direccionar, por sobre cualquier institucionalidad o actor nacionales, los sentidos de una nueva etapa de modernización, transformación o adecuación en torno a las vigentes reglas de juego de la economía global.

No quisiera afirmar que anteriormente no existieron fenómenos de desagregación y desigualdad territorial, la diferencia es que ahora dentro de tal tendencia convergerían dos procesos. Por un lado, una intensificación y aceleración de la retroalimentación entre la fragmentación interna de los territorios y las identidades y la inscripción o integración diferenciada de éstos en los sistemas globales; y por otro, la asunción de que este recorrido es inejecutable sin una profunda reestructuración o reinención de la institucionalidad política vigente (bajo la forma del estado-nación-central) que de paso a nuevas formas de gobiernos locales autónomos.

Ambas situaciones descolocan al Estado y a la construcción, fundamentalmente derivada de él, de una identidad nacional: en efecto, el proceso de reordenamiento territorial, identitario, e institucional se produce en contra y, muchas veces, por fuera de la figura del estado-central que,

como se ha visto, ha constituido históricamente el principal dispositivo de difuminación de las narrativas nacionalistas, el “gerente de la identidad nacional” en palabras de Cuche (1999). No solo que (aunque incompletos) los procesos de flexibilización y apertura económica del país a los movimientos de integración global y regional, la transnacionalización de las tecnologías y de los medios masivos de comunicación, así como el intenso aceleramiento en la circulación e intercambio global de bienes, información y personas habrían disminuido la importancia de los referentes tradicionales de la identidad, sino que además la ineficacia del Estado como aparato regulador y articulador del espacio nacional marcan la virtual desaparición de los agentes performadores o sujetos portadores de sentidos de resignificación de lo nacional.

La tendencia general de las demandas regional-autonómicas evidencia una voluntad de desarticulación entre los ejes de la ‘nueva geografía’ del país. Así, las diversas propuestas autonómicas y descentralizadoras pasan totalmente por alto el tema de las nexos, las vinculaciones y los mecanismos institucionales para articular entre sí a los segmentos territoriales en reconstrucción. Los mecanismos institucionales para propiciar zonas intersticiales entre los ejes dinamizadores del nuevo mapa nacional/regional no están incorporadas en las agendas de reforma. Los intersticios, las conectividades, la solidaridad inter-regional, en fin, la contigüidad del espacio nacional requiere de un mínimo marco institucional operativo que haga evidente que el sostenimiento de los sentidos (la ‘unidad’) nacional no es un mero ejercicio retórico. Este vacío evidencia la desafección del Estado como mecanismo e instancia de coordinación del proceso de reorganización de la economía, la política y la cultura nacional y regional.

Al advertir la incidencia de los procesos de globalización en la emergencia de las demandas autonómicas no asumo que el proceso de apertura, integración y flexibilidad comercial y productiva en el Ecuador sea un fenómeno consolidado y completo; énfasis en esta relación sobre todo en el sentido de que son las presiones y señales de los sistemas globales –los ‘impulsos globales’¹⁷⁵ en términos de A. Torres Ribeiro (2000)- los que modelan el escenario al que las instituciones políticas y económicas nacionales están en curso de ajustarse; la interpelación regional recoge mucho de esta necesidad/voluntad de adecuación y de la frustración por lo conflictivo e inacabado del proceso.

De esta manera, al observar las relaciones entre la globalización y el intenso surgimiento de la conflictividad y las demandas regional-autonómicas es posible colocar la tesis de que las exigencias por reformar las relaciones estado-sociedad no devienen únicamente de una suerte de divorcio entre el sistema político y la diversidad socio-cultural de la sociedad civil –o en otros términos, del mal

¹⁷⁵ En palabras de la propia autora: “Denominamos de impulsos globais os vetores que condensam informacao e inovacao en seus eixos com a nova gestao. Significam a emergencia de uma forma de agir de natureza sistematica e corporativa que se apropria de condicoes herdadas e de niveis de controle da mudanca permitidos pelo meio tecnico-cientifico-informacional” (Torres Ribeiro e Da Silva, 2000: 5).

La institución del modelo autonómico puede ser visto, en esta perspectiva, como una suerte de atajo o como un instrumento político para acelerar la dinámica de transformación de los cimientos institucionales de la economía y la política locales en miras a una adecuada sintonía con los ritmos e imperativos de la economía-mundo. Esto permitiría tanto relocalizar y acotar el conflicto político - la recurrente oposición entre sectores reformistas y coaliciones anti-reforma- en los márgenes de los sistemas políticos locales, cuanto destrabar algunas de las medidas de 'adaptación' que no se han consolidado como políticas nacionales (reformas tributarias, desregulación económica, privatizaciones, reformas de la administración pública, reformas laborales, etc.) en el nivel de los específicos territorios en proyección autonómica. La coincidencia de las apuestas regional-autonómicas con muchos de los sentidos de estas medidas de ajuste estructural constituyen prueba de ello¹⁷⁶. La incompletud del proceso de reforma estatal estaría así a la base de la generación de la conflictividad regional y de las demandas de nuevos sistemas de gobierno y administración territoriales.

Es dentro de este escenario que la reconstitución de las identidades locales emerge como parte del encadenamiento discursivo de la demanda regional-autonómica: las retóricas regionalistas y de recuperación y protección de las diferencias regionales constituyen precisamente una respuesta estratégica para movilizar el apoyo y la lealtad políticos a nivel de las sociedades locales invocadas y legitimar así la demanda reformista. La política de la diferencia, entonces, funciona como parte de los instrumentos por medio de los cuales actores determinados (las elites y movimientos cívicos regionales y locales) dirimen y disputan intereses, espacios de poder, y recursos específicos en el contexto del retraimiento y reconfiguración del estado central.

En suma, los nexos entre el discurso identitario y la demanda autonómica adquieren coherencia en la medida que se los ubique como parte del difícil e inacabado proceso de recomposición institucional, territorial, económica y cultural de las bases organizacionales del país al nuevo marco de la economía global.

6.2 Sentidos y efectos de la movilización regional de la diferencia

Los sentidos y consecuencias de la promoción del discurso regional-autonómico pueden ser discutidos en relación a la reconfiguración del conflicto político en el Ecuador y a las perspectivas, trayectorias y posibilidades de renegociación de los imaginarios nacionales.

a) Des-hegemonía nacional

De la misma forma que en otros países del mundo, en el Ecuador se experimenta en la actualidad una contundente eclosión de las identidades sociales que, a la vez que reivindicán específicas formas

¹⁷⁶ Ver sobre todo "Un Ecuador Federal" (1999) de Franklin López Buenaño, y "Proyecto de autonomías provinciales" (1999) de Humberto Mata - Movimiento Fuerza Ecuador (Cfr. Anexo 1).

de reconocimiento, plantean la reconfiguración de la centralidad estatal. La peculiaridad de caso ecuatoriano reside en la simultánea presencia y activación de discursos étnicos -desde un movimiento indígena notablemente organizado- y demandas regionalistas -surgidas de específicos actores locales ubicados sobre todo en la región Litoral del país- que introducen en el debate sobre la reforma política nociones peculiares de la 'lucha por la diferencia' (cfr. Almeida, 2000).

La década de los noventa ha visto la convergencia de dos potentes relatos de reconstrucción y reorganización de lo nacional. Los clivajes étnicos y regionales han reavivado el debate sobre las posibilidades y límites de la construcción de lo nacional. El I Levantamiento indígena (1990) complejizó y puso en tensión los discursos, mitos y símbolos blanco-mestizos sobre las que se asentaba el imaginario de la nacionalidad ecuatoriana. A esta primera impugnación se suma la intensa emergencia de una serie de prácticas y relatos "regional-autonómicos" (desatados desde fines de 1998) que interpelan no solo al carácter centralista de la institucionalidad estatal sino a las formas y sentidos con que se ha comprendido, confeccionado y consumido "lo nacional". Las fisuras dentro de la imaginada comunidad nacional se han multiplicado y amplificado a lo largo de la última década.

El plurinacionalismo indígena y las autonomías regionales aparecen de esta forma como narrativas concurrentes a la hora de cuestionar la forma, el sentido y el destino del estado nacional unitario. El reconocimiento de la diversidad, la apelación a lo específico, y la protección de la diferencia aparecen como estrategias políticas y discursivas encaminadas a sostener y legitimar la urgente necesidad de "un tipo" de transformación del estado, correspondiente con los intereses y horizontes de las dos constelaciones a la que se alude.

Tal movilización de la diferencia, entonces, no tiene únicamente efectos en las formas de narrar, comprender y elaborar las identidades locales y nacionales, sino además en la voluntad de reestructuración del marco jurídico e institucional del Estado en una forma tal que, en adelante, permita 'la liberación' y el desarrollo, dentro de acotados espacios locales, de estas micro-identidades -autopercibidas como- históricamente oprimidas, negadas, invisibilizadas o bloqueadas por una estructura estatal centralista, xenófoba y distante.

En cualquier caso, se hace evidente que la lealtad a la nación y la legitimidad de la estructura institucional que la soporta, el Estado, están en un fuerte proceso de deterioro y transformación. El precario trabajo, desde los sectores 'oficiales', de ingeniería simbólica para reconstruir el imaginario nacional -precariedad enfatizada a partir de la firma de los acuerdos de paz con el Perú- se opone a los deliberados e intensos esfuerzos de recuperación de la memoria y la identidad regionales y locales realizado por específicos segmentos intelectuales, políticos de las sociedades sub-nacionales desde los primeros meses de 1999. De ahí que, en estos días, se asiste a un fenómeno de disputa,

reacomodo y recomposición de las fuentes de pertenencia y lealtad identitaria y política.

La proclamas de autodeterminación (regionales y étnicas), en efecto, desvirtúan y minan los sentidos y el reconocimiento de *las instituciones nacionales* de autoridad nacional; las diversas funciones gubernamentales se encuentran en un abierto cuestionamiento y pérdida de legitimidad a nivel nacional. La característica particular de este momento histórico-político reside, sin embargo, en que los principales actores políticos (partidos, movimientos sociales, agentes estatales) no demuestran ninguna voluntad de articulación política en el nivel nacional: la movida autonómica constituye una certera metáfora de una suerte de guetización política —identidades y proyectos autoreferidos y encerrados sobre sí mismos— en predios y espacios políticos mínimos, la provincia, la región, la confederación, la comarca, etc., que evidencia que en la política ecuatoriana han colapsado los sujetos de vocación hegemónica nacional.

La posibilidad de nuevos tejidos políticos y de proyectos de inclusión identitaria más abarcadores ha sido restringida dentro de mecanismos de articulación hegemónica reducidos a lo local. La afirmación de identidades subnacionales dentro de territorios específicos constituye, antes que nada, el desmantelamiento de lo nacional como espacio de negociación y articulación políticas. Se asiste entonces al acotamiento del campo político de ejercicio hegemónico o, en otros términos, a la fragmentación territorial del campo de localización y producción de la hegemonía.

Lo que está en obsolescencia, entonces, es la pertinencia de cualquier tipo de agenda política sostenida en base de una suerte de reconstitución del estado-nación. Los sentidos y las posibilidades de una necesaria construcción, en el futuro, de lo nacional, como un vehículo para alcanzar la modernización, la soberanía y el desarrollo (muy caro, por ejemplo, a las ideologías del temprano estado-petrolero, administrado por gobiernos militares, que prefiguraban su misión en torno de la idea de un "proyecto nacional"), están por completo cuestionados e, incluso, no consiguen nuclear para su sostenimiento a ningún actor político relevante. La institución de lo nacional, y la conformación de un programa de recuperación de un entramado institucional que lo sostenga, no forman parte de la agenda, ni de los intereses políticos de ninguna clase de movimiento, partido, sindicato, agencia estatal, etc. Lo nacional carece de sujetos.

En este escenario, los espacios sub-nacionales, provinciales o locales, pasan a ser vistos como los lugares privilegiados desde los cuales viejas y nuevas élites políticas regionales¹⁷⁷ reconfiguran sus relaciones de poder y control sobre las clientelas locales, disputan los recursos —materiales y

¹⁷⁷ Queda pendiente la pregunta, de carácter más sociológica, acerca de si la construcción de autogobiernos locales permitiría principalizar nuevos actores políticos o reposicionar a los tradicionales. Se trata de una cuestión que apunta, en términos investigativos, al estudio de la composición y cualidad de los sistemas de poder local en el país, asunto que dentro del campo temático de las autonomías y la descentralización apenas si ha sido discutido a pesar de su importancia para el sostenimiento de un modelo político no-centralizado.

simbólicos- que hasta hace poco el estado central había manejado y, simultáneamente, promueven la puesta en juego de nuevos modos de gestión económica (dispuestos para cada territorio). El apuntalamiento de este circuito no requiere de articulaciones políticas en el nivel nacional; basta con la reconstitución de las lealtades electorales (de ahí por ejemplo la promoción de las consultas populares provinciales) y la defensa y recuperación de ~~de~~ las filiaciones identitarias locales para legitimar y sostener el proceso de configuración de los auto-gobiernos locales.

Esta 'provincialización' de la hegemonía es elocuente al observar que en las diversas agendas de reforma autonómica y/o descentralizadora el énfasis es colocado en las nuevas institucionalidades locales y no en el rediseño organizacional de los roles que el Estado debería desempeñar en el nuevo marco económico internacional. La demanda autonómica no recupera al Estado sino que profundiza su desmantelamiento al considerar la viabilidad de la reforma por fuera de mínimas mediaciones y regulaciones políticas que permitan que el proceso tenga un efecto acumulado y equitativo en todo el entramado institucional y el espacio nacional. La agregación de fisonomías institucionales locales -si bien remodeladas- no reemplaza ni produce la figura del estado como unidad política de representación, regulación y coordinación social.

En efecto, la sumatoria de salidas institucionales para la formación de auto-gobiernos desde los poderes locales no da como resultado la constitución de un nuevo tipo de estado. El Estado, no sólo como ente institucional-administrativo sino como un dispositivo que gobierna, centraliza y se relaciona profundamente con todas las esferas de lo social -a tal medida que sus propias lógicas y prácticas de acción política filtran, modelan e inciden en todas las dimensiones de la vida pública y privada (cfr. Sánchez-Parga, 1999)- no es histórica ni conceptualmente el agregado de las unidades sub-nacionales que lo componen. El Estado, filtro catalizador de las identidades nacionales, trasciende los agregados descentralizados de los territorios que administra y se sitúa bajo los términos de un espacio público de carácter autónomo. En esta medida, la idea de 'una democracia de la diferencia' difícilmente empata con aquella de una sociedad con un estado autónomo y regulador mínimo.

La pérdida de sentido del espacio nacional como esfera de interlocución política de una diversidad de actores regionales, étnicos, económicos, partidistas, etc., la ausencia de actores políticos de proyección y vocación hegemónica nacional -dimensiones conjuntamente expresadas en el déficit simbólico en la reconstitución de un imaginario nacional de post-guerra- y la convergencia de demandas regional-autonómicas y étnicas en tanto que políticas de protección y apuntalamiento de 'la diferencia', componen un escenario político turbulento e incierto en relación a, por lo menos, dos aspectos: los sentidos de la dinámica y el conflicto políticos, y la viabilidad de los procedimientos para viabilizar las reformas.

- a) *En torno a la dinámica política.* La recolocación hegemónica de los actores regionales a nivel de sus específicos y 'naturales' territorios (a lo cual debería agregarse la instauración de la nueva Ley de Juntas Parroquiales que, en lo fundamental, otorga competencias político-administrativas y atribuciones económicas a las parroquias y organizaciones rurales) supone un profundo proceso de fragmentación y micropulverización del espacio político en torno de formaciones identitarias 'amuralladas' que agudizan la dificultad de elaboración de cualquier principio de negociación, deliberación y articulación en torno al cual tematizar divergencias y acuerdos. La activación discursiva de la diada 'territorio-identidad' radicaliza la imagen de la política ecuatoriana como un puro espacio de competencia por recursos (escasísimos además) sin posibilidades de agregación y construcción de sentidos (sobre las orientaciones de la economía, la sociedad, la cultura).
- b) *En torno a la viabilidad de las reformas.* En medio de la crisis de legitimidad y representatividad del Estado nacional, no existen mecanismos institucionales convergentes ni similares bases subnacionales que permitan una reorganización predecible de las relaciones entre territorio-población-cultura, ya sea en una perspectiva separatista, federalista, autonómica o bajo la forma de un nuevo pacto institucional que recupere la figura de algo parecido al estado-nación. En lugar de un proceso de reubicación de los límites de la autoridad interna se hace evidente el deterioro sistemático de los procedimientos con que ésta ha venido instaurándose; ello implicaría que durante (y a causa de) los procesos de reforma estatal en marcha, se intensifiquen los problemas de gobernabilidad democrática en el país.

b) ¿Renegociación de la identidad nacional?

El auge de los relatos regional-autonómicos pone en evidencia la constante mediación y cuestionamiento de los proyectos nacionales. En el Ecuador la trayectoria de filiación regional se ha vuelto más pública, polarizada y conflictiva a fines de la década de los noventa con la propuesta de constitución de regímenes autonómicos alentada por diversos actores sociales y políticos ubicados sobre todo en la región Litoral del país. Los esfuerzos de centramiento y homogeneización de las identidades nacionales, escasamente desplegados desde los actores estatales-oficiales, han sido intensamente desbordados, de esta manera, por las interpelaciones de matriz étnica y regional. Se ponen en evidencia así las imágenes de constante resignificación y disputa de los contenidos de las identidades nacionales.

Por lo pronto la idea de 'múltiples lealtades' y de diversas trayectorias de pertenencia a lo nacional queda fijada como figura analítica primordial para comprender el problema del reconocimiento y auto-percepción de una ciudadanía nacional. Existen diversos puntos, momentos y posicionalidades de afirmación de lo nacional que a la vez que descentran su constitución ofrecen elementos distintivos y complejos para su reorganización. En esta medida, la movida regional-autonómica

aparece con un potencial reconfigurador que puede homologarse, en el sentido de su impacto político, a la ruptura simbólica provocada a inicios de la década por el movimiento indígena. En cualquier caso, la posibilidad de extender, desde el Estado, un relato homogéneo, estable y legitimado respecto a la coordinación y regulación espacio-temporales de la nación parece más lejana que nunca antes. No caben relatos nostálgicos ni tonos de lamento respecto de esta imposibilidad; la reinención de las estructuras institucionales que den cuenta de las fracturas simbólicas y culturales que configuran los sentidos de lo nacional, proceso en decurrencia, marcará el futuro del nacionalismo ecuatoriano.

Sin embargo, los dos aspectos señalados en el apartado anterior -la segmentación del espacio político y las dificultades institucionales para procesar las reformas- restringen y acotan las posibilidades de reformulación de las prácticas y discursos dominantes sobre los que se ha tejido el nacionalismo oficial. La fragmentación política-territorial, en efecto, reduciría la eficacia de 'la política de la diferencia' y, en términos de la reconstrucción del imaginario nacional, dejaría pendiente la tarea de forjar sentidos democráticos de pertenencia contruidos en base a modelos negociados de diversidad e hibridez, constantemente perfectibles, que de forma conjunta formen las bases para un proyecto inclusivo de convivencia social, política y cultural.

En efecto, si bien la dinámica de reconstitución de los imaginarios nacionales no puede centrarse únicamente en los esfuerzos de los actores estatales -su locus habitual- y debe más bien desplazarse hacia la inclusión de otras voces, lugares y relatos colocados a nivel de los actores sociales y culturales -ir de una concepción estatal de la nación a una de matriz social y cultural, en términos de Rivera (1998:26)-, la cualidad, morfología y modalidad de intervención del Estado y de sus instituciones y políticas públicas son decisivas para el rearmaje y posible direccionamiento de las identidades nacionales. El imaginario nacional difícilmente puede ser repensado sin una recuperación de un espacio político institucional que trascienda las específicas reivindicaciones identitarias de los diversos sujetos que las activan. De ahí los límites, en relación a la comunicación inter y multi cultural sobre todo, de modelos de gobierno anclados en los espacios locales de poder y sin voluntad de tejer nodos articuladores desde los cuales revincular espacial, cultural y socialmente la sociedad.

La posibilidad autonómica, tal como viene siendo colocada en la opinión pública, pone en juego la imagen postulada originalmente por Lévi-Strauss de la construcción de formaciones culturales que se desplazan en el tiempo como trenes: cada uno viaja sobre sus propios raíles, con su propia velocidad y su propia dirección. No hay roce ni contacto posible.

“Los trenes que corren junto al nuestro, en direcciones similares y a velocidades no muy distintas a la nuestra, nos son al menos visibles cuando los miramos desde nuestros

compartimentos. Pero aquellos trenes que van por una vía oblicua o paralela y circulan en dirección opuesta no lo son” (Geertz, 1996:79).

¿Cómo re-conocemos entonces? Las opciones de remodelamiento de las identidades sociales, en el país, como producto de mínimos solapamientos comunicacionales o intersecciones simbólicas parece distante. Se vislumbra, más bien, el espectro de tendencias etnocéntricas que impiden descubrir y redescubrir las particularidades de cada uno en torno de aquellas de los demás. Encapsular las expresiones culturales en estancos separados, como forma de fortalecimiento identitario auto-centrado, constituiría en este sentido un denso obstáculo para activar las fuentes de entendimiento, observación y escucha, necesarias, en vías a desplegar una necesaria renovación cultural.

(k.2000)